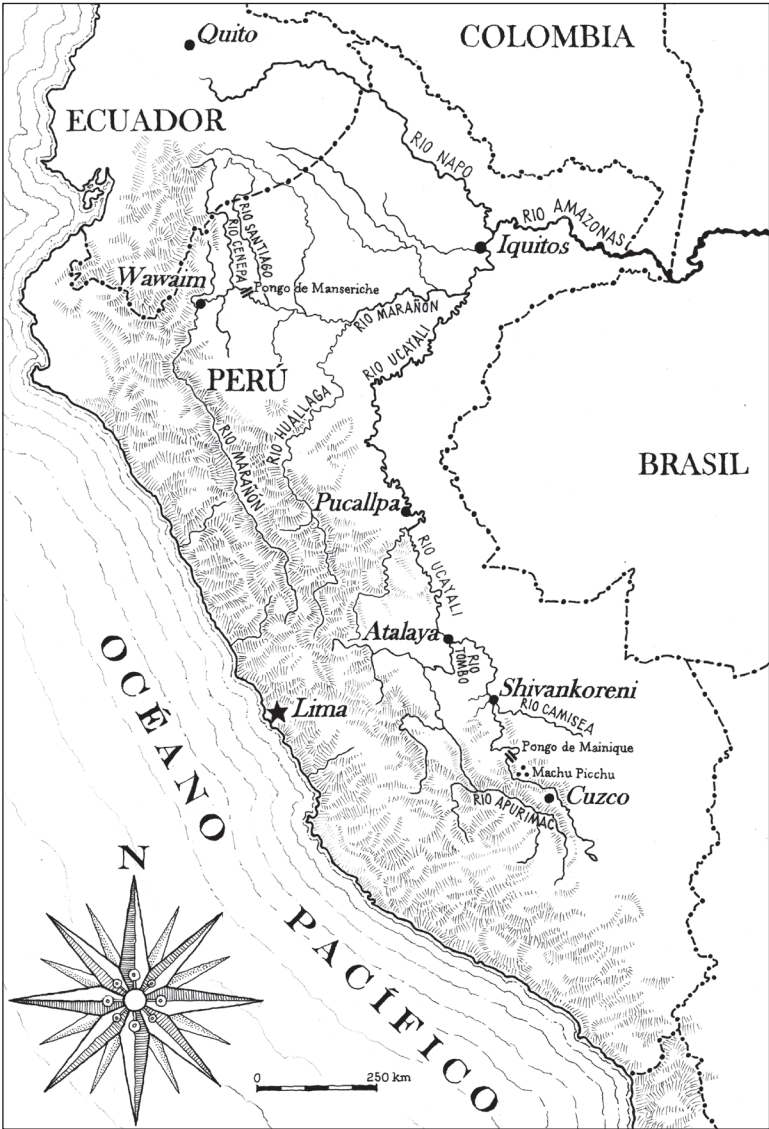




# **Conquista de lo inútil**



WERNER HERZOG creció en un remoto pueblo de montaña de Baviera. De niño nunca fue al cine, no tenía televisión ni teléfono. En 1961, cuando todavía estaba en secundaria, trabajó como soldador en el turno de noche para producir su primera película. Tenía diecinueve años. Desde entonces ha producido, escrito y dirigido más de cincuenta películas, entre ellas *Agui-rre*, *la cólera de Dios*, *El enigma de Gaspar Hauser* y *Grizzly Man*. Vive en Los Ángeles, donde dirige una serie de seminarios de cine en los que no se imparte ningún tipo de enseñanza técnica, una escuela «para los que han viajado a pie, han mantenido el orden en un prostíbulo o han sido celadores en un asilo mental (...) en resumen, para los que tienen un sentido poético. Para los peregrinos. Para los que pueden contar un cuento a un niño de cuatro años y mantener su atención, para los que sienten un fuego en su interior».



Título original en alemán: *Eroberung des Nutzlosen*

Diseño de colección e ilustración de cubierta: Setanta  
[www.setanta.es](http://www.setanta.es)

© de la ilustración de cubierta: Sergio Ibáñez

© Carl Hanser Verlag München Wien 2004

© del texto: Werner Herzog

© de la edición: Blackie Books S.L.U.

Calle Església, 4-10

08024, Barcelona

[www.blackiebooks.org](http://www.blackiebooks.org)

[info@blackiebooks.org](mailto:info@blackiebooks.org)

Maquetación: David Anglès

Impresión: Liberduplex

Impreso en España

Primera edición: enero de 2010

ISBN: 978-84-937362-4-8

Depósito legal: B-5498-2010

Todos los derechos están reservados.

Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, la fotocopia o la grabación sin el permiso expreso de los titulares del copyright.

**WERNER HERZOG**

**Conquista de lo inútil**



FITZCARRALDO *¡Por el chef de sus perros!  
¡Por Verdi! ¡Por Rossini! ¡Por Caruso!*

DON ARAUJO *¡Por Fitzcarraldo, conquistador de lo inútil!*

FITZCARRALDO *¡Tan cierto como que estoy aquí!  
¡Algún día traeré una ópera grandiosa a la selva!  
¡Soy... mayoría!  
¡Soy los billones!  
¡Soy el teatro en la selva! ¡Soy el inventor  
del caucho!  
¡Sólo a través de mí el caucho se hace palabra!*

Diálogo de la película *Fitzcarraldo*



## Prólogo

Por motivos que desconozco, durante largo tiempo no me fue posible siquiera leer el diario que había escrito durante el rodaje de *Fitzcarraldo*. Hoy, veinticuatro años más tarde, soy capaz de emprender su lectura, aun cuando no ha sido sencillo descifrar mi propia letra, que entonces tenía un tamaño microscópico.

Estos textos no son un informe de rodaje —éste apenas se menciona—, y son un diario sólo en el sentido más amplio. Se trata de otra cosa: más bien paisajes interiores, nacidos del delirio de la selva. Pero tampoco de eso estoy seguro.

W. H.  
Enero de 2004

## CONQUISTA DE LO INÚTIL (Fragmentos)

### *Introducción*

Con la desquiciada furia de un perro que ha hincado los dientes en la pierna de un ciervo ya muerto y tira del animal caído hasta el extremo de que el cazador abandona todo intento de calmarlo, se apoderó de mí una visión: la imagen de un enorme barco de vapor en una montaña. El barco que, gracias al vapor y por su propia fuerza, remonta serpenteando una pendiente empinada en la jungla, y por encima de una naturaleza que aniquila a los quejumbrosos y a los fuertes con igual ferocidad, suena la voz de Caruso, que acalla todo dolor y todo chillido de los animales de la selva y extingue el canto de los pájaros. Mejor dicho: los gritos de los pájaros, porque en este paisaje inacabado y abandonado por Dios en un arrebató de ira, los pájaros no cantan, sino que gritan de dolor, y árboles enmarañados se pelean entre sí con sus garras de gigantes, de horizonte a horizonte, entre las brumas de una creación que no llegó a completarse. Jadeantes de niebla y agotados, los árboles se yerguen en este mundo irreal, en una miseria irreal; y yo, como en la *stanza* de un poema en una lengua extranjera que no entiendo, estoy allí, profundamente asustado.

*San Francisco, 18 / 6 / 79*

Télex de Walter Saxer desde Iquitos. El asunto pinta bastante bien, sólo que en poco tiempo podría venirse todo abajo. Somos como trabajadores de rostro serio y confiado que construyeran un puente sobre un abismo, pero sin pilares. Hoy he tenido una larga conversación informal con el productor de Coppola, que entre un batido y una hamburguesa ha querido hacerme creer que se haría cargo del destino del proyecto. Le he dado las gracias. Me ha preguntado: sí, gracias, o no, gracias. Le he dicho: no, gracias. Coppola aún no se recupera del todo de la operación de hernia. En él se mezclan de forma singular el lamento quejumbroso, la necesidad de protección, el trabajo profesional y el sentimentalismo. La oficina del séptimo piso ha intentado febrilmente conseguir una cama de hospital para la sala de montaje y otra para transportar y colocar donde haga falta. A Coppola no le han gustado las almohadas; se ha pasado la tarde quejándose de las que afanosamente le traen y las ha rechazado todas.

*Los Ángeles, 19-20 / 6 / 79*

Piso de los ejecutivos de la 20th Century Fox. Resulta que todavía no hay contactos sustanciales entre los franceses de Gaumont y la Fox. Además, aquí se da por sentado que subiremos un barquito de plástico por una colina en algún estudio de cine, tal vez incluso en un jardín botánico que no esté muy lejos, por qué no San Diego, allí hay invernaderos con *buenas* plantas tropicales. He preguntado cuáles son entonces las malas plantas tropicales y he agregado que más bien se da por sentado que será un verdadero barco de vapor sobre una montaña de verdad, pero no por una cuestión de realismo sino por la característica estilización de las grandes óperas. A partir de ese momento, las palabras cordiales que hemos intercambiado se han cubierto de una fina capa de gélida escarcha.  
(...)

*Caracas, 24 / 6 / 79*

Cinco horas en el aeropuerto, rodeado de pasajeros histéricos porque el vuelo a Lima ha sido suspendido sin aducir motivos; el próximo vuelo sale en cuatro días. Eso me ha dado tiempo para indagar por mi pasaporte. No estaba donde se suponía, y sólo lo han

encontrado de nuevo por una cadena de casualidades. Cómo he conseguido subir al vuelo con overbooking de Aeroperú es un enigma para mí. A mi lado se ha sentado una señora peruana muy guapa, que ostentaba su pertenencia a la oligarquía económica del país. Me ha dicho que hacía mucho calor y, al cabo de un rato, que hacía mucho frío. Durante la escala en Bogotá me ha dicho, me lo ha gritado, que hacía mucho calor, y en el avión me ha dicho que en Lima hacía mucho frío en esta época del año, que me haría falta una chaqueta más abrigada, y me lo ha dicho no tanto con un sentimiento de camaradería en un avión sofocante, sucio y sobrecargado, sino que ha usado conmigo el tono con el que reprendería a su jardinero o sus empleados domésticos.

*Lima, 26 / 6 / 79*

A Vargas Llosa le gustaría participar de alguna manera, pero hasta finales de septiembre tiene compromisos. Para entonces es probable que todo se haya venido abajo. Oro es el sudor del sol y plata son las lágrimas de la luna. De aquí en adelante solo astillas. Uli y Gustavo en el aeropuerto, pero como fotos en blanco y negro. Toda la noche peleas sobre cómo debemos trabajar.

*Iquitos, 28 / 6 / 79*

Abatimiento por la mañana. ¿Marcharse? ¿Después de tantos meses de trabajo? Gripe leve con mocos constantes. El barco de Fitzcarraldo en la selva cerca de Puerto Maldonado. El mirador en Tres Cruces. Moldear la hélice. Historia con delfines. Los maestros en huelga se encerraron hace diez días en la iglesia y tocan las campanas. En el mercado he comido mono asado; parecía un niño desnudo.

*Río Marañón, 4 / 7 / 79*

En la guarnición abandonada de Borja, más abajo de los rápidos, un soldado indígena leía a Clausewitz en traducción española. En pleno pongo el motor se nos ha muerto dos veces porque los golpes de las olas han arrancado el tanque de gasolina. La primera vez, la lancha ha chocado violentamente contra las rocas después de quedar a la deriva por falta de propulsión. El nivel de agua del pongo está subiendo y es casi inimaginable que el barco grande de madera con los barriles de gasolina pueda pasar por allí. Todavía aturdido por el poder y la furia monstruosa de los rápidos, lo primero que he hecho en la guarnición de Pinglo ha sido lavarme el pelo, los últimos días lo he tenido muy desgreñado.

En el río Santiago hemos topado con el cadáver de un soldado fusilado; flotaba de espaldas, hinchado, las rodillas dobladas y los codos también, parecía que estuviera levantando las manos. Los pájaros ya le habían arrancado los ojos a picotazos y le habían comido una parte de la cara. El *comandante* ha aconsejado dejarlo seguir su camino para no tener problemas, río abajo ya se harían cargo de él. Le ha dado al nadador un suave golpe con la bota y éste ha girado lentamente sobre sí mismo, luego se lo ha llevado la corriente.

*Santa María de Nieva - Río Cenepa, 5 / 7 / 79*

Evidentemente, por aquí corren rumores de que planeamos abrir un canal que vaya del río Cenepa al Marañón y que, por lo tanto, los campos se secarán.

(...)

A orillas del río Cenepa brillaba una mancha amarilla y naranja, al acercarme he visto que era una gran nube de mariposas. Una tormenta nos ha obligado a regresar. En la cercana frontera con Ecuador se trama algo muy distinto; la cordillera del Cóndor, visible desde

aquí en la brumosa selva humeante, forma una barrera natural. El ejército está muy presente en la zona, y en el Cenepa un soldado indígena muerto de miedo (no tendría más de diecisiete años) ha disparado contra nuestra lancha y el tiro ha dado en el agua, muy cerca de nosotros. En la lancha estaban todos como paralizados, sólo yo he estado a punto de echarme al agua, después me ha dado vergüenza y he desistido, porque el chico parecía mucho más asustado de haber disparado que nosotros, su blanco. En todos lados hay que mostrar los documentos, también los indios nativos. Los blancos, me dice el maestro, han venido siempre a robar, jamás por otro motivo. Hace unos meses, un teniente del ejército destinado a un puesto fronterizo en el río Santiago se volvió loco, le declaró la guerra a Ecuador y se lanzó al ataque por cuenta propia con veinticuatro soldados. Se internó más de treinta kilómetros por el curso superior del río en territorio enemigo y al parecer costó mucho esfuerzo traerlo de vuelta.

*Wawaim, 6 | 7 | 79*

Para la noche me hice una cama con palos flexibles de caña de azúcar sobre un armazón medio desvencijado. En el sector de la escuela que sirve de almacén casi no hay lugar para sentarse, mesa tampoco, sólo unos barriles de gasolina llenos de trastos. Debajo de mi camastro había pilas de cientos de platos de plástico barato como esos que hay en las cárceles, con compartimentos para las distintas porciones, regalo absurdo de la *Alliance for Progress* que muestran la bandera estadounidense y el logo de un apretón de manos. Los platos tienen una concavidad para poner allí la taza de plástico, pero no hay tazas. Lo que me ha llamado la atención es que aquí hasta el plástico se pudre, como las cosas orgánicas.

(...) nuestra situación seguirá siendo delicada hasta que podamos exponer nuestros propósitos en una asamblea de la comunidad. Con todos los rumores que nos rodean, el despliegue militar (en especial sobre la gente de aquí) y los problemas que la compañía petrolífera ha creado con su oleoducto, ¿qué podemos esperar nosotros? A eso se suma que la comunidad está muy dividida políticamente, y se encuentra bajo la presión de una asociación indígena que busca extender su poder político a Wawaim con amenazas y actos violentos. El hambre de sal me ha hecho engullir un puñado entero; después he afilado un machete junto a unos jóvenes que también afilaban los suyos. Uno de ellos se ha afeitado con él los pelos ralos de la barba.

La asamblea ha estado precedida de un ruido terrible. Vivanco y yo sólo hemos podido exponer nuestro deseo y nuestro plan a dúo, en un turno compartido. De nuevo ha habido peleas por quién debía traducir, y al final lo ha hecho un partidario del consejo indígena de río abajo. Jaime de Aguilar, que ha escuchado de cerca, nos ha contado que el hombre ha tergiversado deliberadamente nuestras palabras. Quería presumir de protector de la *comunidad*. Había que impedir que excaváramos un canal que los convertiría en parte de una isla. Un sector de la asamblea se ha levantado con una hostilidad que yo sólo conocía por los relatos de antiguos navegantes, con la diferencia de que los nativos llevaban camisetas de JOHN TRAVOLTA FEVER y DISNEYLAND. Todo ha acabado en que se han puesto a gritarme y gesticular; un hombre ha empuñado su lanza y se me ha venido encima bufando sonoramente; en un raptó de furia ha apuntado al centro de mi abdomen pero ha retirado la lanza a escasos centímetros. De alguna forma estaba claro que era sólo una especie de ataque virtual, y para mi propia sorpresa me he quedado muy tranquilo, de pie; se ha oído un suave murmullo, quién sabe si dirigido a la bella gesticulación del ataque o a la serenidad del presunto atacado. Vivanco ha estado extraordinario, dada la situación; se ha controlado, ha sido amigable y recatado. Claro que en este asunto hay una larga prehistoria de robo y abuso, oro y petróleo, conflictos fronterizos y facciones políticas que buscan hacer realidad una ideología importada, los sueños fracasados de una gran revolución que buscan aquí un último hogar. Todos los padres de familia tienen derecho a participar, y me ha llamado la atención que casi todos sean tan jóvenes, no pueden tener mucho más de quince años. A esa edad, la mayoría ya tiene hijos.

Después de la reunión se me han acercado varios participantes a decirme que querían trabajar en el proyecto y que ya nos daríamos cuenta de que la mayoría estaría a favor de firmar un contrato con nosotros. Que estas reuniones habían siempre así pero que en la vida real nunca habían afectado el curso de las cosas. Yo quería retirarme río abajo y fuera del territorio de Wawaim y esperar hasta que el contrato fuera posible y lo refrendara la mayoría. Me he sentido un poco animado y he encontrado algún consuelo en el hecho de que el cocinero indígena, que ha venido desde Santa María de Nieva, se llame Grimaldo. El sonido de ese nombre tiene en sí algo consolador.

*Santa María de Nieva, 14 | 10 | 79*

Vista desde el aire, la selva se ondula debajo de mí, aparentemente pacífica, pero eso es sólo una ilusión, porque, en su ser más íntimo, la naturaleza nunca es pacífica. Incluso cuando se la desnaturaliza, cuando se domestica, sabe devolver el golpe a los domadores y los degrada al nivel de animales domésticos, de cerdos sonrosados, que luego se consumen como grasa en la sartén. Me viene a la mente la imagen, la gran metáfora del cerdo de Palermo, que según oí, había caído en una fosa de desagüe del mercado: allí vivió dos años, siguió creciendo y sobrevivía con los desperdicios que tiraban a la fosa, y cuando lo sacaron, porque finalmente había bloqueado el desagüe, era casi blanco, estaba muy gordo, y había tomado la forma de la fosa. Se había transformado en una especie de gusano blancuzco e inmenso; rectangular, flácido, un pedazo enorme de grasa que no podía mover más que la boca para comer, porque las patas se le habían atrofiado y retraído en la gordura del cuerpo.

Fiesta de la Virgen de Fátima en Santa María de Nieva con torneo de fútbol, procesión y baile. Les Blank filmó unos planos del fotógrafo, que tiene una primitiva cámara de fuelle y revela sus fotos allí donde vaya. Me ha sacado una. Primero me ha dado un peine para que me peinara y después me ha hecho sentar en un banquito. El obturador de la cámara es la tapa de un bidón de aceite; él la retira enérgicamente, sólo un instante, mientras protege el objetivo de la luz que incide desde arriba con la otra mano. Revela el negativo hurgando en el interior de la cámara, y luego le toma otra foto con un marco de rosas, pájaros y epígrafes, para obtener de allí un positivo. Durante el proceso habla con dos papagayos pequeños y parlanchines que lleva en una bolsa tipo canasta enganchada al trípode. Hemos remontado un trecho del Nieva para ir a ver a Grimaldo, el cocinero. Había cerveza bastante caliente, y como yo ya había bebido un poco en la *fiesta*, hemos ido hasta la cascada cercana y nos hemos metido bajo el agua. Les y yo dejábamos que nos golpeará, era como si un hato de vacas nos pisoteara, pero después me he sentido más fresco y también más sobrio.

Las noticias sobre nosotros ya no hablan de indios encarcelados, eso parece haberse resuelto de alguna manera. He indagado en Santa María, me he informado de los nombres que habían sido mencionados. Tres de las cuatro personas no habían tenido jamás relación con nosotros y tampoco habían estado nunca en la cárcel, pero un cuarto efectivamente había estado preso como una semana. Se había endeudado con unas treinta tiendas y garitos y quería largarse pero el dueño de un bar lo había hecho detener. Tampoco el cuarto había tenido trato con nosotros. Entretanto se han esparcido nuevos rumores, según los cuales traficamos con armas y drogas. Mañana quiero ir a Napuruka a ver en persona a los del Consejo de Aguarunas y Huambisas, aunque aquí me advierten que allí me van a matar en el acto. Un agitador político, un francés, vive ahora en Napuruka, y en Wawaim han aparecido dos alemanes, evidentemente de la Asociación por los Pueblos Amenazados, que reparten fotos de Auschwitz con montañas de cadáveres como argumento en mi contra, por así decir.

(...)

Hemos parado en Napuruka y he subido solo por la empinada ribera hasta el pueblo grande para ver por mí mismo cuánto había de cierto en la historia de me matarían cuando llegara. Mi pregunta era de qué les serviría matarme, pero tal vez fuese una formulación demasiado occidental. Al llegar a la cima he visto que los niños me miraban serios y silenciosos, como si fuera un prisionero encadenado. Dos hombres jóvenes se me han acercado con machetes en la mano, y así como para los ejércitos medievales el honor mayor correspondía a la primera carga de caballería, por un momento ha parecido que quisieran dar comienzo al bello y glorioso hecho. Sin embargo he visto a algunos miembros del Consejo a quienes conocía y les he preguntado si podía consultar con alguien del pueblo si había quejas sobre mí, y eso ha apaciguado momentáneamente la tensión irresuelta. ¿Sería posible sentarse con el Consejo a una mesa y conversar? Rápidamente se ha sumado más gente. Estaba Evaristo Nunkuag, también la mayor parte de los miembros del Consejo, y me han preguntado formalmente si estaba armado, si me podían cachear. Eso lo hacían más bien para que lo vieran los habitantes del pueblo, para demostrar que el Consejo ejerce aquí la soberanía. Por supuesto que estaba dispuesto, he replicado, me han registrado y he puesto los bolsillos del revés. Como sólo llevaba un pañuelo de papel, me han confiscado el objeto más peligroso que tenía, mis gafas de sol.

Los miembros del Consejo de Aguarunas presidían la reunión desde un podio, sentados ante una mesa donde rápidamente ha aparecido un grueso paquete de escritos, mientras que a mí me han hecho sentar en un taburete, con la asamblea del pueblo a mis espaldas. La cosa ya empezaba mal, con la lectura de resoluciones y comunicados en un rebuscado español burocrático. Hablar verdaderamente no he podido, tampoco he querido hacerlo. Quería escuchar. Curiosamente, las resoluciones tenían que ver con reclamos jurisdiccionales de una administración indígena autónoma, una participación adecuada en la extracción de petróleo y con el asunto de la presencia militar en la zona. También han mencionado varias veces la unión con los hermanos y hermanas de los aguarunas más allá de la frontera de Ecuador, un claro desafío al estado peruano. Querían obligarme a firmar de inmediato una declaración por la que reconociera la soberanía del Consejo en todo el territorio, incluyendo Wawaim, y que en señal de dicho reconocimiento me retiraría de la zona de Wawaim.

Les he dicho que la mayoría de la gente en Wawaim nunca había oído hablar de ellos y que, según mis conocimientos, quienes sí sabían de ellos rechazaban la expansión de poder del Consejo hasta su territorio; después la atmósfera se ha tornado amenazadora, han cerrado la puerta y no me han dejado salir. Bueno, he dicho, si la asamblea era del parecer de que tenía más cosas que decirme, con gusto encontraría el tiempo para escucharla. Entonces han aflorado, en diálogo informal con parte de los pobladores que estaban detrás de mí, preguntas y temores que efectivamente me concernían: ¿Quería asentarme allí por mucho tiempo? Tenían graves problemas con tres familias de aguarunas que se habían mudado a su pueblo. ¿Quería cavar un canal entre los ríos Marañón y Cenepa? ¿Sabía yo qué buscaba el ejército con todas las nuevas guarniciones? He pedido explicaciones acerca del informe según el cual, por gestión mía, unos aguarunas habrían sido encarcelados. El Consejo ha deliberado un rato en susurros, en aguaruna, y se me ha informado que no sabían nada de ningunos prisioneros. Pero el que había difundido la información entre la prensa era Evaristo N. La gente de aquí en general sabe manejar los medios con mucha habilidad: Evaristo lleva un modelo especialmente bonito de camiseta de DISCO FEVER, algo que se ve mucho por aquí, además de unas gafas de sol Ray-Ban, pero los indios que buscan protección y que él lleva a Lima para sus ruedas de prensa tienen la cara pintada, lucen adornos de plumas y llevan arco y flecha. Después de escuchar durante horas la lectura de nuevos comunicados, la asamblea se ha agotado y nos hemos separado tranquilamente con un apretón de manos. Cuando regresaba a la lancha me han traído mis gafas de sol, que había dejado allí ostentadamente.

En Belén, lugar que me atrae una y otra vez sin razón, una mujer vendía sopa que servía de un gran caparazón de tortuga. Un viejo chino, sentado en un portal allí cerca, movía la mano enérgicamente, como si tirara de un hilo que saliera del interior de su ojo. Estaba loco, por lo tanto muy alejado de las costumbres humanas, y tan absorto en aquella exclusividad extrema que no sólo atrajo mi atención, sino la de todos los que tomaban la sopa de la mujer. Como forzados a ello, todos lo mirábamos con disimulo, avergonzados de que alguien pudiera sorprendernos mientras lo observábamos. Nunca he visto nada que se acerque a la intensidad con la que se sacaba aquel hilo imaginario del ojo, y cuando luego he pasado delante de él con la moto, ha levantado los ojos lentamente y me ha mirado de modo tan penetrante y con la cara tan llena de locura que he sentido miedo. Perseguido por su mirada, en el camino he perdido la canasta de mimbre que llevaba amarrada a la parte trasera de la moto y no me he dado cuenta. Pero tampoco he querido regresar a buscarla. El cielo se ha puesto negro y rutilaba, mudo, por los rayos lejanos. Al llegar a casa he metido todo lo que estaba tirado fuera. El cielo incubaba una batalla colérica, el cielo trama algo oscuro.

*Belém do Pará, 29 | 7 | 80*

Con Gisela en la ciudad; como no existe ningún sentimiento histórico, sólo un presente jadeante y sudoroso, no hay esperanza de encontrar aquí algo que sirva para el vestuario. Sensación de inutilidad en todo lo que hago; las cosas más importantes ocurren en otra parte. Fuimos a la redacción del *Jornal da Provincia de Pará* en busca de información, pero allí sólo había estancamiento, grandes ventiladores y redactores aburridos que tomaban *caipirinhas*. Todas las máquinas de escribir estaban detenidas en las mesas de madera de los años treinta, y todas tenían algo de barco hundido. Luego a la emisora de radio, donde varias personas se apiñaban para entrar a la transmisión en directo del Rey de la Radio, o al menos así lo anunciaban, aunque se veía más bien como un proxeneta cargado de cadenas doradas, la camisa abierta hasta la cintura, el pelo engominado. En el regazo de una mujer yacía un niño gravemente desnutrido, tenía puesto un gorro de lana y los párpados le colgaban con pesadez. Estaba demasiado débil para gritar, y en su mirada parecía verse que ya tenía la certeza de que iba a morir. La vecina sencillamente había abandonado al crío, dijo la mujer al micrófono, andaba siempre borracha y al final, en lugar de amamantarlo, le daba *cachaça* a la criatura. «¡Aguardiente! ¡Aguardiente!», gritó el Rey de la radiodifusión y siguió puntuando el relato de la mujer al grito de ¡*cachaça, cachaça!* La audiencia que había en el estudio, todos gente pobre, ninguno con zapatos, respondía con emoción a los gritos del Rey, mientras el crío discretamente seguía muriéndose un poco más. Entusiasmado, ahora el Rey gritaba «¡la puta!». La mujer que había recogido al hijo de la vecina ya casi no pudo hablar de sí misma, porque el Rey escandía luego rítmicamente «la puta, la puta». Leyeron nuestro anuncio pidiendo a los oyentes ropa de sus antepasados cuando ya nos habíamos marchado.

*Iquitos, 1 | 1 | 1981*

Amor fraternal a la medianoche. Mick Jagger llegó con Jerry Hall. Dos de sus maletas no aparecieron porque las mandó a «I-Quito». Habíamos alquilado un coche para él, pero resulta que la llave no entraba, era de una grúa de construcción. Vino en taxi, y como el chófer no quería llevarlo los últimos cien metros de barro y hoyos, ni siquiera por el doble de la tarifa, lo encontré en la oscuridad, de esmoquin y zapatillas, avanzando a tientas por el camino. Me contó, partiéndose de risa, que Robards y Adorf le confesaron haber hecho testamento porque iban a trabajar en la selva.

*Iquitos - Lima, 18 | 2 | 81*

Desparramado en el asiento, mientras Gustavo me llevaba a toda marcha hasta el aeropuerto por entre los hoyos en el camino, tuve la idea: ¿por qué no interpretar yo mismo a Fitzcarraldo? Me atrevería a hacerlo, porque mi proyecto y el del personaje se han vuelto idénticos. Lima. Me fui directamente al Country Club a ver a Mick [Jagger] y hablé con él, luego con Adorf. Está claro que, de seguir, tendremos que empezar a rodar de nuevo desde el comienzo, porque no se puede borrar a R. del negativo existente. Ya no hay soluciones intermedias o consensuales. Con Mick hemos pensado en la posibilidad de que él haga de Fitzcarraldo, pero no se siente capaz, ni siquiera si abordásemos al personaje de manera totalmente distinta. Además se acerca su *stop-date* por la gira mundial con los Stones. Adorf se enteró por M. de nuestra idea e intenta congraciarse, pero no tiene el calibre para ese papel, y me arrastró a una discusión estúpida sobre actuación.

Decía que habría estado mucho mejor en el papel de Gaspar Hauser que un aficionado torpe como Bruno S. Sin ninguna cortesía le dije que yo no lo veía del mismo modo, que lo veía de otra manera, y también le dije que como protagonista no entraba en ninguno de mis planes. Ahora está profundamente ofendido. Sea.

Tengo treinta y ocho años, ya he pasado por todas. El trabajo me ha dado todo y me ha quitado todo. No dejo que nada ni nadie me confunda. El único que también podría ser Fitzcarraldo es Kinski: seguro que lo haría mejor que yo; ya lo hablamos en la fase más temprana del proyecto, pero siempre ha estado claro que K. sería el último en poder asumir un trabajo semejante.

(...)

*Lima, 19-21 / 2 / 81*

...chato, despojado, como de cemento. Seguir imperturbable.  
Alabado sea el árbol que se apiade de mí, donde...

*Lima - Nueva York, 22 / 2 / 81*

La presión sobre mí, aún mayor. No pudimos hacer la escala planeada en Guayaquil, Ecuador, porque de pronto cerraron el aeropuerto a todos los vuelos civiles, lo que sólo puede significar dos cosas: los ecuatorianos se preparan para un conflicto bélico con Perú, o en este momento está teniendo lugar un golpe de estado, ambas cosas igualmente verosímiles, pues hace un par de días derribaron un helicóptero peruano en la zona fronteriza, ello a pesar del armisticio, y hay inquietud en el ejército ecuatoriano por los drásticos aumentos de precio decretados por Roldós para financiar la guerra. Una combinación entre golpe militar y ataque contra Perú sería una tercera posibilidad.

En Panamá, el avión se llenó de americanos escandalosos. No pude ver el canal por la ventanilla. Cuando volábamos sobre Cuba vi un fuego enorme y alargado allí abajo, al menos de un kilómetro, como un gran gusano ardiente.

*Nueva York, 23 / 2 / 81*

Llamé a Kinski y me encontré con él a la una de la mañana. Pidió una botella de champán al servicio de habitaciones, y eso me sentó bien. Hoy al mediodía me ha dicho por teléfono que nuestra conversación nocturna había sido como demasiada ensalada de patatas: sienta mal al estómago y hace eructar, y al día siguiente lo mejor es olvidar el asunto. Me ha dicho que si tuviera una deuda de veinte mil dólares debería preocuparme, pero que con una cuenta pendiente de tres millones se acaban las preocupaciones. Creo que tiene razón.



Pasamos una noche helada y espantosa en el pongo, a bordo del *Huallaga*, y por la mañana nos hemos puesto a instalar las cámaras muy temprano. Desde donde estaba yo, navegar sin capitán a través de los rápidos no parecía demasiado apasionante, pero después de que el barco chocara cuatro o cinco veces contra los acantilados a la izquierda y a la derecha, he visto a Raimund y Vignati abajo en un promontorio rocoso, dándose palmadas en la espalda mutuamente. El barco había encallado ligeramente por donde estaban ellos y he visto cómo las rocas se partían y el polvo del roce se elevaba por el aire. Seguramente tenían un buen plano de ese momento especial, pero aparte de eso había habido demasiados tiempos muertos, así todos hemos tenido la misma sensación: de inmediato hemos comprendido que había que repetirlo todo, pero con las cámaras a bordo. Cinco voluntarios querían subir y he pensado que sería bueno si vinieran también Kinski y Paul, siempre y cuando ellos mismos estuvieran dispuestos. He ido enseguida a buscar a Tomislav, el piloto, y hemos despegado de un herbazal que había más abajo del pongo, mientras los que se habían quedado remontaban los rápidos con el *Huallaga*.

Kinski y Paul han venido sin pensárselo mucho. Kinski me ha llevado aparte y, en uno de esos raros momentos en que bajamos la guardia, me ha dicho que si yo me hundía con el barco, él se hundía conmigo. Simplemente le he respondido que él sabía cómo estaba construido el barco, apuntalado con acero y con cámaras de flotación separadas, que no tenía ganas de hundirme y que por eso había tomado precauciones técnicas. Nos hemos dado la mano brevemente. He cogido el gramófono y he pedido agujas de coser a Gisela porque el brazo no tenía aguja. Pero luego la partida se ha atrasado considerablemente. Me he enterado por el piloto, que se había comunicado por radio con el *Huallaga* desde el campamento indígena cercano, que del curso superior del Camisea habían llegado varias personas gravemente heridas por flechas y que ya los estaban operando de urgencia. He corrido hasta el dispensario y he visto a un hombre y una mujer; a ambos les habían disparado unas flechas enormes. Habían estado pescando río arriba para el campamento, a unas tres horas de viaje en lancha rápida, y habían decidido descansar hasta el día siguiente en un banco de arena; por la noche los amehuacas los habían atacado desde una distancia muy corta. A la mujer la habían alcanzado tres flechas y casi se había desangrado; las heridas estaban muy juntas. Una le había atravesado el tronco por encima del riñón, la otra había rebotado en el hueso de la cadera y la más mortífera, en medio del abdomen, se había roto y estaba incrustada en el hueso de la pelvis. He pasado varias horas asistiendo en la operación: he iluminado la cavidad abdominal con una linterna potente mientras con la mano libre trataba de ahuyentar con repelente las nubes de mosquitos atraídos por la sangre. El hombre aún tenía atravesada en la garganta la punta de más de treinta centímetros de una flecha de bambú afilado. En la mano tenía el cuerpo de la flecha, de casi dos metros, que él mismo había arrancado y que, todavía en estado de shock, no quería soltar. La punta de la flecha, parecida más bien a una punta de lanza, le dividía el hombro a lo largo de la clavícula, le atravesaba la garganta y al otro lado había penetrado en el hombro opuesto. Parecía correr menos peligro de muerte inmediata y lo han operado después que a la mujer. Esto es lo que ha pasado: el hombre, su mujer y otro hombre más joven, todos machiguengas de Shivankoreni que nos proveen de yuca, habían subido por el Camisea para cazar. Estaban durmiendo en un banco de arena y, por la noche, la mujer se despertó porque su marido jadeaba de una forma extraña. Creyó que un jaguar lo había agarrado por la garganta y cogió un tizón del fuego y se puso de pie. En ese momento la alcanzaron tres flechas. El más joven se despertó; llevaba una escopeta de perdigones, y cuando entendió lo que pasaba disparó a ciegas un par de tiros, porque todo tuvo lugar en la oscuridad absoluta y el silencio total. Ninguno de los tres pudo ver a los amehuacas que los habían atacado y que desaparecieron dejando apenas unas huellas en la arena. No ha sido hasta la mañana, cuando yo estaba por marcharme con Paul y Kinski, que los heridos han llegado en el *peke-peke*, conducido por el más joven, que no estaba herido. Como para

entonces ya habían llegado ayudantes más com petentes que yo, no me he quedado cuando han acostado al hombre con la flecha atravesada en el cuello sobre una mesa improvisada y le han puesto anestesia. Me pesaba en la conciencia dejar a los demás tanto tiempo a bordo y en los rápidos, porque al momento de mi partida el nivel de agua había empezado a aumentar velozmente. Hemos aterrizado en el pongo, entre salpicaduras de barro; al final ya no teníamos visibilidad porque el agua sucia había cubierto el parabrisas por completo.

Además hemos tenido un ligero viento de cola hasta el final de la pista de hierba. Hemos preparado todo a bordo; Vignati arriba en el Puente con una cámara, amarrado con un arnés a la pared trasera, y Paul en el papel de capitán. El verdadero capitán estaba junto a él con Walter, de modo que en algunos momentos de la filmación Paul pudiese llevar el timón, algo que efectivamente sabe hacer. Junto al puente hemos fijado el gramófono y hemos clavado al suelo un pequeño trípode para Beatus. Kinski, Mauch y yo nos hemos situado en el puente central para rodar el plano en el que Fitzcarraldo se tambalea medio dormido por la cubierta. Juárez estaba con los equipos de sonido más hacia la proa, en sitio relativamente seguro, y Les Blank y Maureen se le habían unido a último momento. Klausmann y Raimund se habían instalado en la cima de un acantilado.

Nada más zarpar hemos empezado a coger velocidad en sentido transversal y hemos chocado varias veces a izquierda y derecha contra las rocas, pero el *Huallaga* ha dado un giro y ha empezado a ir río abajo mucho más rápido. W. me ha llamado desde arriba para decirme que íbamos a chocar por la izquierda y hemos seguido filmando a K. mientras el acantilado se acercaba peligrosamente; K. Nos ha pasado por el lado demasiado rápido en dirección a la popa, así que Mauch también ha tenido que hacer una panorámica y hemos recibido el choque de espaldas a la proa. Yo tenía bien cogido a Mauch, rodeándolo con un brazo, y con la mano izquierda me aferraba al marco de una ventana abierta, pero el choque ha sido tan fuerte que nos ha hecho perder pie y salir volando. He visto la lente salir disparada de la cámara. En el aire, de alguna manera hemos girado sobre nuestro eje; Mauch, la mano debajo de la cámara, se ha estampado contra la cubierta y yo he caído encima de él. Entonces se ha encogido en posición fetal y se ha puesto a gritar. Enseguida he pensado que otra vez sería el hombro, pero era peor; se le había abierto la mano entre el anular y el meñique al chocar contra la cámara, hasta bien adentro del puño. Además tenía una herida en la sien. K. ha empezado a gritar como si él también estuviera herido, pero sólo se había golpeado un poco el codo, y cuando ha visto a Mauch se ha olvidado rápidamente de sí mismo y ha mostrado su compañerismo ayudando en los primeros auxilios.

El barco ha encallado en un banco de arena más abajo de los rápidos. La proa se ha curvado un poco, como la tapa de una lata de sardinas; el ancla ha atravesado el lateral y hemos empezado a hacer agua. La sacudida de Vignati en su arnés ahí en el puente ha sido tan fuerte que se le han roto dos costillas, y Beatus, que había despegado la cabeza de la cámara fijada en la cubierta, ha chocado con ella. Ha quedado muy aturdido, me ha preguntado varias veces si íbamos a filmar. Hemos decidido llevar a Mauch al médico cuanto antes, y al caer la noche hemos partido en la lancha, porque con la poca luz que había no he querido arriesgarme a volar. Nos hemos olvidado por completo de los dos que estaban en el acantilado en medio del pongo. Echados en la lancha, Mauch y yo hemos mirado las estrellas. Hemos visto dos satélites, después la niebla se ha posado sobre el río. Antes de que la oscuridad fuese total también hemos divisado un par de cóndores en la ribera.

El Dr. Párraga ha operado a Mauch y nuestro cocinero, extremadamente hábil, ha hecho la sutura. Como casi toda la anestesia se había usado en las ocho horas que aproximadamente había tomado operar a los dos heridos de flecha, Mauch ha entrado pronto en una agonía que el analgésico en aerosol difícilmente conseguía aliviar. Le he sujetado la cabeza apretándola contra mí; una silenciosa pared de rostros nos miraba.

M. me ha dicho que no aguantaba más, que se iba a desmayar, y yo lo he animado a hacerlo. Después ha pensado que se cagaría encima del dolor, pero finalmente no ha

podido decidirse entre las dos opciones y no ha optado por ninguna. He tenido un pálpito y he mandado llamar a Carmen, una de las dos prostitutas que hemos traído para los obreros forestales y los barqueros. Carmen me ha apartado, ha enterrado la cabeza de Mauch entre sus pechos y lo ha consolado con su voz suave y hermosa. Elevándose por encima de su existencia cotidiana, se ha convertido en una Piedad, y Mauch se ha callado pronto. Durante toda la operación, que ha durado casi dos horas, le ha dicho una y otra vez «Thomas, mi amor», mientras el paciente se entregaba a su destino. He sentido un afecto profundo por los dos.

Por la noche han venido diez campas a montar guardia en el campamento, algunos armados con escopetas de perdigones, el resto con arco y flecha. Se han internado en la oscuridad de la selva y yo no los he visto de nuevo hasta la mañana, cuando se han reunido cerca de mi choza a hablar en voz baja. Les he pedido la flecha que se había clavado en la cadera de la mujer, también la punta que había atravesado la garganta del hombre. Ambos progresan relativamente bien; los dos van a sobrevivir. Con el hombre, que tenía el suero puesto, he podido intercambiar algunas palabras; ya podía susurrar un poco. Había tenido una suerte increíble, porque la punta como de lanza de la flecha le había rozado la carótida, pero sin seccionarla. Me ha asombrado lo gruesas que eran las alargadas flechas y el tamaño de las plumas que tenían amarradas.

Esta mañana, en medio de la niebla, treinta hombres, casi todos guerreros campas armados, se han embarcado en *pekepekes* rumbo al lugar del ataque para seguir las huellas y, según decían, coger a los criminales, que entregarán a las autoridades. El Cielo lo impida. De los amehuacas no se sabe casi nada: viven como seminómadas en el curso superior del Camisea, a unos diez días de viaje pero, por lo visto, con el nivel de agua tan bajo como está, han navegado río hacia abajo, probablemente en busca de huevos de tortuga, porque es temporada de desove. Todos los intentos que el ejército y los misioneros han hecho en el pasado para ponerse en contacto con ellos han fracasado, porque los amehuacas nunca se dejan ver y siempre atacan de noche. Tampoco han podido localizarlos desde el aire, porque a diferencia de otras tribus no talan claros en la selva para convertirlos en *chacras*, tierras de cultivo que los indios aprovechan durante unos años antes de cambiar de sitio. Sin embargo, se sabe relativamente mucho de su lengua, porque hace unos diez años un joven amehuaca severamente enfermo llegó hasta aquí flotando en una pequeña balsa y sobrevivió en el hospital de Atalaya.

He intentado detener la expedición pero rápidamente se ha decidido llevarla a cabo por consenso. Por cierto, han sido las mujeres quienes han elegido a los guerreros. Éste y éste no van, aquél no sabe disparar lo bastante bien, decidían ellas, y nadie protestaba. La mitad de los hombres tenía escopetas de perdigones. Iban acucillados de diez en diez en las grandes canoas, con unos racimos de plátanos como única provisión. Su partida ha sido muy tranquila y poco ceremoniosa. Ha desaparecido río arriba, lentamente, entre el agua, la niebla y los árboles que se han difuminado en un mundo gris y desconocido, como una vaga visión.

He tenido una discusión violenta y absurda con Kinski por el agua mineral, con la que ahora también quiere bañarse. Aparte de eso, tranquilidad. De pronto se empiezan a oír de nuevo los gritos de Kinski, pero esta vez no tienen nada que ver con lo que estamos viviendo. Fuera de sí, calificaba a Sergio Leone y a Corbucci de gusanos, buenos para nada, archimbéciles. Ha pasado mucho rato hasta que K. se ha cansado. Luego ha vuelto a embalsarse otro rato y ha gritado que Fellini era un inepto sin remedio, un cerdo grasiento. Me he dormido hacia el final de la mañana.

*Camisea, 23 / 4 / 81*

Ayer por la tarde, cuando quise acostarme en mi choza, encontré a dos guerreros campas sobre mi cama, uno en la hamaca de la habitación y tres en el porche. Les pregunté qué estaban haciendo. Eran mis guardianes, respondieron, y me mostraron

arco y flecha. Dos de ellos, que tenían fusiles, parecían especialmente orgullosos de formar parte de mi escolta personal. Tenían que custodiarme porque mi choza era la que estaba más lejos remontando el río y por tanto la más vulnerable.

Señores, les dije, yo me siento seguro, puesto que ustedes son guerreros sobresalientes, pero ¿en lugar de en mi cama, no podrían tomar posición allá fuera en la selva, en un lugar algo más adelantado, por donde el enemigo —de existir— se acercaría sigiloso? No, dijeron simplemente, me custodiarían aquí, me tendrían siempre vigilado. Cuando vieron que apoyaba una almohada en el suelo, liberaron mi cama y se sentaron en el porche, donde estuvieron hablando toda la noche en voz muy baja. De vez en cuando uno daba una vuelta, y la vibración del suelo elástico de corteza llegaba hasta mi cama y me despertaba cada vez. Tenían cigarrillos, pero no fuego, y me pidieron cerillas. Como no tenía, les presté mi encendedor nuevo, y lo di por perdido, pero a la mañana siguiente lo encontré cuidadosamente depositado a mi lado. Sobre la hamaca encontré también una linterna que había echado en falta. Esta mañana, en el barco, primer encuentro entre Fitzcarraldo y los indios. Como le han rozado la mano con la mano con la punta de los dedos, K. se la ha lavado con alcohol mientras volvíamos en lancha al campamento. De pronto todos los campos se han distraído y el trabajo se ha interrumpido porque uno de ellos ha disparado una flecha desde la borda a un pez en el agua, pero no lo ha alcanzado porque el pez ha huido a esconderse bajo una roca, y todos esperaban con los arcos tensos que volviera a salir, cosa que no ha hecho. La flecha se ha clavado en el lecho firme del río, sobresalía un poco del agua y oscilaba en la corriente de una forma curiosa, extraordinariamente pausada y excéntrica. W. y Vignati estaban en el *Huallaga*; preparaban la salida del pongo de tal forma que, estibando la carga a un costado e inundando algunos mamparos, yo pudiera filmar el barco mientras éste dejaba atrás los rápidos en ángulo oblicuo. Pero no había prisa, porque el *Huallaga* seguía inamovible en el banco de arena, tal como lo habíamos dejado. Por la tarde, explosiones de dinamita, ante las que los indios huyen. Fuera de cámara se lo estaban pasando estupendamente, y quieren que les dé dinamita porque algunos hace años que pescan con ella, pues les facilita el trabajo. Varias veces me he hundido descalzo, bien profundo en el lodo, y me he sentido mal sin que el día en sí haya dado motivos. Por la tarde todos nos hemos tirado al Camisea, incluso Mauch se ha metido a tientas (la mano herida en alto) dentro de aquellas aguas maravillosas. En algunos puntos el río tiene sólo un metro de profundidad, de modo que apenas si se puede ir de un campamento al otro en lancha. El agua se hace cada vez más clara, ahora es de un verde ligeramente turbio, pero translúcido hasta el fondo. Si el nivel de agua sigue tan bajo vamos a retrasarnos irremediablemente. Hoy me he encontrado mal, hasta las moscas me sacaban de quicio. Jugando a las cartas, y tras haber ganado constantemente, he apostado todo a una carta, porque tenía una mano extraordinaria y además he sacado la reina de corazones, una especie de comodín. He puesto todo lo que tenía en los bolsillos, pero a pesar de la mano que tenía he perdido contra Klausmann, que llevaba la banca. Con eso ha mejorado un poco su humor; hacía poco que se había quedado hasta las tres de la madrugada esperando a que fuesen a buscarlo a su resbaladizo peñasco en el pongo. En la distancia se dibujaban rayos mudos, un signo de esperanza para nosotros.

En una sola noche, el jefe de la policía secreta de Iquitos ganó a las cartas la mitad de una farmacia, un tractor y una fábrica de ladrillos. Como siempre que se apuesta tan alto siempre hay gente de Hacienda en la mesa, cada uno de los ganadores funda enseguida una empresa y queda así casi exento de impuestos, porque el fisco peruano premia la fundación de compañías en la selva. Uno ganó en una noche trescientos sesenta mil dólares y pagó sólo una fracción diminuta en concepto de impuestos, porque sin pensárselo demasiado decidió fundar una Sociedad Anónima junto con su novia, a la que había conocido aquella misma noche.\$

Hoy ha estallado la fiebre del oro entre los del equipo gracias a Huerequeque, Paul y Laplace, que después de la película quieren lavar oro con máquinas en una plataforma

flotante en la parte alta del río Santiago. Ahora todos sueñan con eso. Grandes mariposas alrededor de las lamparitas arrojan sombras precipitadas, tan grandes como si fueran de perturbados pájaros nocturnos. Mis pantalones han vuelto de la lavandería con un grumo blando en el bolsillo, eran papeles en los que había anotado cosas importantes, pero estaban tan desmenuzados y espachurrados que ya no he podido descifrar nada. (...) Hoy ha llegado con la corriente una flecha amehuaca, lo que ha sido causa de preocupación. Por el río han pasado muchos botes sin razón, destino u objetivo.

*Camisea, 11 / 6 / 81*

(...)

Como esperaba, Walter no ha vuelto de Lima, adonde lo había mandado a comprar amarras considerablemente más fuertes, roldanas y ganchos. Sólo disponiendo de ese material habrá una posibilidad realista de subir el barco por la montaña. No se trata de la fuerza de tracción disponible, porque de acuerdo con las leyes de la física hasta un niño podría subir el barco por la montaña usando un solo dedo, siempre y cuando contase con un sistema de poleas con miles de multiplicaciones y una soga lo bastante larga. Habría que tirar de la soga dos kilómetros para remolcar el barco dos centímetros en subida por la pendiente.

Cuando ya estaba oscuro, me han llamado al dispensario del campamento grande. Unos trabajadores forestales habían estado talando árboles en la meseta entre los dos ríos, descalzos como de costumbre, y a uno lo había mordido una víbora. Nunca antes se habían visto víboras cerca de las motosierras, porque el ruido y los humos de las máquinas las hacen huir selva adentro, pero habían mordido al operador en el pie dos veces. El hombre había dejado caer la motosierra y había visto la víbora desaparecer entre la maleza; era una *chuchupe*. Por lo general, después de la mordedura se produce un paro cardiorrespiratorio en menos de un minuto, y al cabo de siete u ocho minutos sin tratamiento prácticamente no se sabe de nadie que haya sobrevivido. A todo esto, el campamento donde están el médico y el suero contra las picaduras de víboras estaba a veinte minutos de distancia. Según me ha contado uno de los que trabajaban con él, el hombre se ha quedado unos segundos completamente inmóvil, muy concentrado. Luego ha levantado la motosierra del suelo, ha tirado de la cuerda que vuelve a ponerla en funcionamiento, como con los motores fuera de borda, porque se había apagado con la caída, y se ha serrado la pierna por encima del tobillo. Lo he visto, tenía todo el cuerpo gris. Estaba vivo, pensativo y tranquilo. Antes de llevarlo al médico, le habían hecho tres torniquetes: uno debajo de la ingle, otro debajo de la rodilla y otro encima del muñón, y habían reforzado los torniquetes con unos palos. Le habían puesto una especie de musgo calmante en la herida. He dispuesto un vuelo para llevarlo mañana a Lima. De todas maneras, es mejor tenerlo una noche en observación, porque persiste el peligro de que entre en coma.

*Camisea, 15 / 6 / 81*

Último día de rodaje en el Camisea, al menos por ahora. No recuerdo haber trabajado bajo tanta presión en toda mi vida. Lo que hemos hecho hoy normalmente se haría en cinco días. Kinski gritaba histérico, después se hacía el enfermo terminal, y Paul tenía que sostenerlo, luego un nuevo arrebato de ira. Al mediodía, durante el rodaje, he visto cómo los barqueros trasladaban un tambor para varias toneladas de cables desde la *chata* a uno de nuestros botes de carga, para ello simplemente lo hacían rodar desde arriba. El bote se ha roto en el acto y se ha hundido como una piedra. Ése ha sido sólo uno de los grotescos episodios marginales. Al siguiente arrebato de cólera de Kinski, el cacique de los ashininka-campas y el cacique de los machiguengas de Shivankoreni me han llevado aparte y me han preguntado con toda tranquilidad si quería que lo mataran. Para

asegurarme de haber oído bien les he preguntado ¿matar a quién? Se referían a K., y el modo en que han hablado no dejaba lugar a dudas, lo harían de inmediato, en los siguientes sesenta segundos. K. se ha dado cuenta de que algo estaba pasando y ha pasado rápidamente de rabioso a enfermo terminal.

Por la noche he ayudado a cargar los botes, y a las dos y media de la mañana hemos partido hacia Sepahua, donde estaría el Twin Otter que habíamos pedido. Gran desayuno nocturno con salchichón, jamón, longaniza, ensalada de frutas. Hacía tanto frío que me he puesto todas mis camisas una encima de la otra y me he acurrucado bajo una lona de plástico. Por la tarde he enviado a K. a Iquitos en una pequeña Cessna, porque no podía estar seguro de que los indios no hicieran algo sin mi aprobación.

*Camisea, 28 - 30 | 6 | 81*

Luego, más arrebatos de ira de K. por culpa del nuevo fotógrafo de Sygma, y entre uno y otro sufre desvanecimientos. El médico (pues a K. no le falta nada) lo trata con una paciencia digna de admiración. Después, renovadas amenazas por parte de K. de irse de inmediato. El problema es muy sencillo: ahora el barco es más importante que él. Pero luego muestra un entusiasmo contagioso, porque de todas formas está impresionado.

Escenifiqué un accidente en el que un molinete que gira de golpe hacia atrás arrolla a varios campas. Fitz saltaba hacia ellos y sacaba a un herido que sangraba, y K. gritó de tal forma pidiendo ayuda con las manos ensangrentadas (la sangre estaba en una taza en el lugar del accidente, fuera de cámara) que, del susto, nuestro médico, saltó entre las dos cámaras con el maletín de primeros auxilios, aunque sabía que Kinski estaba actuando. Lo vi de reojo y alcancé a derribarlo a tiempo; según me aseguraron más tarde, fue como si derribara a un *quarterback* del equipo contrario. Los campas me aplauden después de cada día de rodaje, con frecuencia también después de una secuencia bien lograda, pero esta vez aplaudieron tanto a K. como mi exitoso *tackle*. Cuando aplaudieron el barco que filmamos sin actores mientras lo hacíamos subir por la pendiente en medio de un estruendo a causa de la resistencia, K. se hizo se nuevo el enfermo terminal y así al menos captó la atención del médico. Por la noche, amenazó con hacer fracasar la película; no era la primera vez, ya lo había hecho docenas de veces. Lo escuché sin inmutarme, aunque conozca bien el reguero de destrucción que ha dejado tras de sí en su vida. Después amenazó con hacer muchas otras cosas, la ley lo tenía sin cuidado; si consideraba todo lo que ya había hecho, hacía mucho tiempo que tendría que estar en la cárcel. Luego describió, posiblemente a modo de amenaza, lo que había hecho con sus dos hijas, Pola y Nastassja, sólo por eso lo condenarían a veinte años en Estados Unidos. Dijo que más me valía andarme con ojo, que él no le temía a nada.

*Camisea, 4 | 11 | 81*

Habíamos elegido dos posiciones para la cámara: Mauch desde la *chata*, que tenía el suelo resbaladizo como jabón blando a causa del aceite y el barro, de modo que sólo sentado sobre una maleta de aluminio tenía una base estable para la cámara en mano; Klausmann, muy cerca del barco, acurrucado en la orilla de un pequeño terraplén, del que sólo había una vía de escape, por el agua. Pero su posición seguía siendo arriesgada, porque al coger velocidad el barco podía llevarse la defensa de tierra y sepultarlo. Habíamos debatido largamente esta cuestión. Raimund, el iluminador, se había situado más arriba de donde estaba Klausmann, al igual que algunos campas, preparados para rescatarlo por allí de la zona de peligro. Yo me he buscado una posición un poco más elevada, desde donde podía observar ambas cámaras y el tractor. Mantenía contacto visual tanto con Walter como con Tercero. En caso de algún imprevisto, podría avisar al cámara que estaba más abajo. De hecho, al principio el barco se ha dirigido hacia el terraplén donde estaba la cámara, y he visto cómo Raimund saltaba hacia el otro lado para ponerla a salvo llevándola hacia el

agua mientras los campos se mantenían en alerta por Klausmann. Pero Tercero ha conseguido desviar el barco. Cuando ya estaba a medias en el agua, la corriente ha hecho que la nave se inclinase a un lado de forma tan impresionante que ha parecido a punto de zozobrar y hundirse. Como si se revolcara en un sueño caótico y febril, se iba hacia un lado y luego hacia el otro. He perdido de vista el tractor oruga, que se había interpuesto valientemente bajo la nave zozobrante, y he corrido hasta rodear el barco fuera de cuadro. En ésa estaba cuando he pisado, descalzo, los fragmentos cortantes de una botella de cerveza que los indios habían dejado en el barro durante su *fiesta* nocturna; he empezado a sangrar bastante y he visto que había muchos más trozos de vidrio tirados por ahí. Mientras corría, prestaba más atención a los fragmentos de botella que al barco, que daba por perdido. Cuando he conseguido rodearlo del todo, ya la pala había cogido el casco del barco por debajo con una violencia brutal, y la borda, que casi tocaba el suelo, ha quedado aplastada con un sonido terrible, pero la nave, que casi estaba sumergida, se ha enderezado.

Ya ni sentía el pie sangrante. El barco me era indiferente, no valía más que cualquier botella de cerveza rota en el barro, cualquier cable de acero retorciéndose en el suelo. No he sentido ningún dolor, ninguna alegría, ninguna excitación, ningún alivio, ninguna felicidad, no he oído ningún sonido ni espirado de alivio. Sólo la conciencia de haber hecho algo totalmente inútil, o, más exactamente, de haber penetrado en la profundidad de su reino misterioso. He visto cómo el barco, de vuelta en su elemento, se enderezaba en un suspiro perezoso. Hoy, miércoles 4 de noviembre de 1981, poco después de las doce del mediodía, hemos conseguido pasar el barco desde el río Camisea por encima de una montaña hasta el Río Urubamba. Sólo queda por informar esto: yo he participado.